

EL CASCABEL

PERIÓDICO LITERARIO ILUSTRADO--SE PUBLICA DOS VECES AL MES

SE SUSCRIBE REMITIENDO 50 RS. POR UN AÑO, 18 POR SEIS MESES, 10 POR TRES, UNO POR CADA NÚMERO
SUELTO Y 16 POR CADA VEINTICINCO

Á SU DIRECTOR-PROPIETARIO MANUEL JORRETO Y FANIAGUA.—MADRID, CALLE MAYOR, 123.

ADORNOS DE MADRID.



LA RAMILLETERA.

MADRID 31 DE AGOSTO DE 1877. AÑO XVI. NÚM. 1023.

SUMARIO DEL NÚMERO 1023.

TEXTO: Menos borlas y más limosnas, Colorin Colorado.—La Maldita vanidad, Carlos Frontaura.—Tipos populares.—Villadiego, Eusebio Sierra.—La Liga de las doncellas, Ramon García Sanchez.—¿Quién miente más? Fernando Araujo.—A la Baronesa de... M. Lluch.—Bibliografía.—Anuncios.

MENOS BORLAS Y MÁS LIMOSNAS.

¿Ha podido inventarse moda más absurda y desgraciada que la de las colas en el vestido de las mujeres?

¡Dichosos tiempos aquellos en que podíamos salir á tomar el fresco sin enredarnos en los pliegues recrugientes de unas sayas, sin medir el suelo con las narices, y sin oír en castigo de la más inocente distracción ó de una pisada involuntaria, un tropel de quejas y de insultos!

¡Dichosos los tiempos, repito, en que el aire caloroso del verano, no se saturaba en las nubes de polvo que levanta el despilfarro de tela, del traje femenino, y no se reseca la garganta ni se nos mataba por asfial...

¡Señoras! ¡por el santo amor de Dios! Cúbranse sus gracias como mejor les plazca, pero no nos hagan víctimas de esas malditísimas superfluidades; miren ustedes que lo pedimos con mucha necesidad.

Califíquense, enhorabuena, de majestuosas y elegantes las colas que se hacen deslizar sobre alfombras y limpios mármoles; y ¡guerra sin tregua! á las colas *cursis* que se arrastran por calles y paseos, ya recogiendo lodo, ya llenándose y llenándonos de polvo.

Contra estas últimas, los reglamentos de policía urbana debieran consignar leyes penales, por enojosas, extravagantes y ridículas.

Cuando emigran centenares de familias por no hallar trabajo ni alimento en el pátrio suelo; cuando las bohardillas y los asilos benéficos están atestados de pobres; cuando nos ahogamos en lágrimas é infelicidades; aquellas fastuosas prolongaciones son un sarcasmo horrible, lanzado á la miseria, ó una incalificable insensatez de la miseria misma.

Si no lo juzgais así, si al final es preciso

rendir culto incondicional á la diosa moda, ¿no podríais llevar la cola recogida? ¿Os sería molesto usar las abrazaderas de acero que penden de la cintura y se denominan pajes? Si utilizarais el *paje* para la calle y soltaseis la cola en los salones, mucho ganaría la higiene general y la vuestra particularmente. Sabed que el polvo salitroso de las calles produce en la mujer enfermedades repugnantes que se transmiten de padres á hijos; de donde se infiere que toda mujer con cola, trae más cola de lo que parece.

Supuesto, sin embargo, que nada os importe vuestra propia salud, ni las molestias que causais; supuesto que no considerais caso de conciencia el deslucir á la primera postura los trajes más ricos y costosos, y supuesto también que no os dé duelo gastar sin tino, acaso lo que no poseis, en vestidos, *trencillas* y *barrederas*, ¿no se os alcanza que cuanto más cara hagais la vida del matrimonio menor será el número de los que se atrevan á abrazarla, y por consiguiente, más larga vuestra situación expectante y la depravación de las costumbres?

Convenços de que es materialmente asqueroso ir lamiendo con la enagua y sus adyacentes toda la basura, todas las inmundicias y todos los insectos del tránsito; y que la limpieza ha sido, es y será siempre el preservativo más eficaz contra las enfermedades, el mejor perfume y el adorno más esencial de la hermosura. ¿Concederíais jamás vuestras distinciones á un galán mugriento y súcio? Pues el sexo bigotudo y feo, no es en este punto menos delicado que el vuestro, é instintivamente, á no haber perdido ya el estómago, huye de la dama, en la que presume bordeando sus faldas, un arco iris de excrecencias, formado con la saliba del asmático, y algo más que renuncio á describir, porque, como decía Sancho, huele y nó á ámbar.

Yo os aseguro, que entre el aseo y la belleza, entre lo limpio y lo *elegante*, no cabe vacilación. Siempre la sociedad ha llevado la peor parte.

Fabricantes extranjeros son los que, enloqueciéndoos y burlándose de vuestra dócil irreflexión, os regalan cada mes un nuevo figu-

rin, haciéndoos admitir como de muy *buen tono*, el desmedido lujo que os induce á barrer los paseos con rodillas de terciopelo y raso. De tanta codicia por una parte, y de tanta vanidad por otra, surge en nuestros días el risible tipo de la *mujer escoba*.

Ejemplo grande de cordura daríais oponiéndoos á la presuntuosa prodigalidad que deploro.

Muévaos á acometer tan loable empresa la proverbial virtud que os enaltece y la previsora economía que suprime lo supérfluo sin menoscabo de lo necesario, reduciendo á uso racional las nécias ampulósidades que contrastan lastimosamente con las aflicciones que nos rodean.

Cuando las costumbres de la mujer decaen, la sociedad entera se conmueve; la familia degenera y el hombre se envilece. En salpicar adrede de polvo y barro los tegidos en que va como entrelazado el trabajo afanoso de vuestros padres ó maridos, se revela algo deforme, algo que ofende la moral, algo que escandaliza.

Sois buenas, y por lo mismo espero que la voz de la religion y del deber pesarán más en vuestro juicio que el capricho de la modista ó la avaricia de los mercaderes que os explotan. Vuestros aromados billetes circulan sin descuento; dejad la cola para el Banco, y seguramente pondreis vuestros fondos en alza.

Mujer que barra las calles con la cola del vestido, sea, de hoy más, declarada traidora á la pátria, enemiga de la curiosidad y la salud; fea por principios, y si es soltera, incalculable y mentecata.

La cola suelta en los parajes públicos es, como el sello de ventas, un impuesto suprimible; un ataque á quema-ropa contra la discrecion, y una usurpacion de las facultades otorgadas á los dependientes de carreton y blusa del Ayuntamiento de la villa.

La cuestion está planteada: el problema no se resuelve, con irse un ratito á las iglesias y darse golpes de pecho. Desagradables á Dios serán vuestras oraciones, si no van acompañadas del sacrificio del orgullo, y si mientras

derramais fervorosos vuestros corazones ante los altares, la vanidad quema incienso á los ídolos del mundo.

No esperéis, pues, á que en el camino de las reformas prudentes y justas os preceda la vecina: más sinceridad en vuestros rezos; más rectitud en vuestras intenciones; menos transigencia con lo que de suyo es perjudicial y defectuoso, y como compendio: no arrastreis la cola; ó como dice el refran: menos borlas y más limosnas.

COLORIN COLORADO.

LA MALDITA VANIDAD.

(CONTINUACION).

IV.

Magdalena á Fernando, y Fernando á Magdalena.

Magdalena escribió á Fernando para darle la infausta noticia de la muerte de D. Melchor, y Fernando se apresuró á contestar expresando todo el sentimiento que le habia causado tan inesperada desgracia, y haciendo protestas más apasionadas que nunca de su amor á la huérfana.

Cuando esta supo el estado á que la dejaba reducida la muerte repentina de su padre, volvió á escribir á Fernando.

Conveniente me parece copiar aquí la carta escrita por Magdalena, y la contestacion de Fernando.

Hé aquí la primera:

«Mi querido Fernando: Ya estoy mejor, mejor de salud, pero en el estado de abatimiento y tristeza que puedes suponer cuándo sepas toda la extension de mi desgracia.

»Al perder á mi muy querido y amante padre, lo he perdido todo, todo; en una palabra, he quedado pobre.

»Mi padre no tuvo tiempo de hacer testamento; no ha podido poner en orden sus asuntos, y ha resultado que debia enormes sumas, y han de pagarse con lo que tenia en bienes y efectos, porque en efectivo poco ó nada habia en casa á su muerte.

»Nuestra casa, aquella hermosa casa del barrio de Salamanca, con tanto gusto adorna-

da por mi pobre mamá, donde están todas las alegrías, todos los recuerdos de mi risueña infancia, ya no me pertenece. Por compasión, sin duda, me han dejado conservar mi piano y algún otro objeto. Lo demás todo es ya de alguno más afortunado.

»Ahora vivo en casa ajena, en la de mi tía la marquesa del Rosal, una casa antigua, triste, en la calle de Segovia, que sería un sitio muy aristocrático en el siglo XVII, pero ahora es una calle de las más extraviadas, frecuentada por carreteros y lavanderas, y cada vez que me ocurre asomarme á la ventana, lo primero que veo pasar es un entierro, como que es camino para los cementerios. Mi tía ha formado empeño en vivir siempre en esa casa, precisamente por su apariencia de antigua nobleza, pero te aseguro que es una triste vivienda, y mucho más para mí, porque no puedo menos de considerar la diferencia que hay entre este palacio severo, viejo, agrietado, sombrío, y mi linda, alegre, elegante y encantadora casa de las afueras de la puerta de Alcalá.

»¡Cuánto desearía volver á adquirir aquella casa, amado Fernando!

»Es triste, muy triste verse pobre, quien ayer era considerada la más rica de la corte, compadecida la que fué envidiada. Si tu amor y los cuidados y cariñosa solicitud de la marquesa no me dieran esperanza y aliento, pronto seguiría al sepúlcro á mi pobre padre.

»La marquesa se empeña en que salgamos á pasear algunos ratos por las afueras, y salimos en uno de los coches de los marqueses de la Azucena, que lo han puesto enteramente á nuestra disposición. Y me da una pena acordarme de mi linda carretela, de mi ligera victoria... ¡Pasear en coche prestado la que los tuvo propios!... Tú, amado Fernando, eres mejor que yo, y acaso encontrarás en lo que te digo algo de vanidad... Tú sabes cómo he sido educada y me disculparás, comprendiendo cuán penoso es pasar de aquella vida dulce, dichosa y regalada á estas estrecheces y amarguras.

»Vuelve pronto, por Dios, vuelve á consolar, á fortalecer á tu amada.—*Magdalena.*»

A esta carta dió Fernando la correspon-

diente contestación, por la cual conocerá el lector el carácter del noble jóven, que ha de ser una de las principales figuras de esta narración:

«Mi amada Magdalena: Recibí tu carta con ansia esperada, y mil veces he besado tu nombre, tan dulce y tan grato para mí. Gran pena me causa tu tristeza, y ¡ojalá hubiese podido volar á consolarte! pero tengo solemne compromiso de estar en Nueva-York ocho meses todavía, y es de tal naturaleza este compromiso, que nada puede relevarme de su cumplimiento. Está empeñada mi palabra de honor.

»Todavía no he vuelto de mi dolorosa sorpresa por la muerte de tu pobre padre, que tanto me quería y á quien tanta gratitud debo. Todos los días uno en mis oraciones, porque yo, aunque jóven y liberal como el que más, no he perdido la costumbre de rezar, los respetables nombres de tus padres y los de los desventurados míos, que tan pronto perdí. Ellos bendecirán desde el cielo nuestra unión, Magdalena mía.

»Me dices en tu última carta que te has quedado pobre.

»Comprendo tu pena, has sido una niña mimada por tus padres, dueña de todos los bienes de la fortuna, educada en el lujo, en el fausto, acostumbrada á la sociedad de los dichosos, y sin conocer privación alguna, sin verlas á tu alrededor, sin saber acaso que hay pobres en el mundo, y es natural, es lógica tu dolorosa sorpresa al hallarte, no pobre, porque pobre no estás aún, sino privada de todo lo que constituye la opulencia, el fausto, la grandeza.

»Eso no vale nada, Magdalena; ya has visto que todo ese lujo, toda esa opulencia que echas de menos no dan la felicidad; ¡qué la han de dar!... Al contrario; esos bienes que lloras perdidos causan ahora tu desgracia, tu dolor, tu tristeza. Yo de mí sé decirte que en nada estimo esas riquezas, esas vanidades del mundo, y creo que la reflexión y el tiempo te han de hacer pensar lo mismo que yo pienso. Te haría una injuria, si no lo creyera así, si dudase de tus hermosos sentimientos.

»Repito que tu sorpresa y tu dolor son na-

turales, tan naturales como serian el asombro y la alegría del que pobre y miserable hoy, amaneciera mañana rico, grande, opulento, rodeado de comodidades y de aduladores.

»Llora la muerte de tu buen padre, que esa es la desgracia real y verdadera que pesa sobre tí; pero, por Dios, no llores por esas futilidades del lujo, por esa ostentacion que es un sueño, una ilusion en este valle de lágrimas; no llores por haber perdido la admiracion de gente superficial y poco dada á pensar, y ten más orgullo en ser pobre que en haber sido rica.

»Tu padre ha muerto y ha dejado bastante para pagar lo que debia; pues eso debe satisfacerte, eso debe consolarte de tu pobreza. Los tontos y las envidiosas no admirarán tus joyas, tus riquísimos trajes, tus coches y tus caballos; pero las personas de juicio admirarán tu noble carácter, tu virtud, si ven que llevas dignamente la corona de la honrada pobreza.

»Más te quiero, más, y parecia imposible que te pudiera querer más, ahora que me dices que estás pobre, y voy á ser franco y sincero contigo: si no fuera porque tu estado es consecuencia de la muerte de tu padre, de mi venerado amigo y protector, te diria que me alegro de que estés pobre.

»Así lo deberás todo á mí, á mi amor inextinguible, y yo seré mucho más feliz, porque trabajaré más, porque todo mi afán será hacerte dulce la existencia á mi lado. Y si tú me amas, participaré de ese orgullo legítimo que tendré cuando te vea dichosa.

»Yo te juro que verte dichosa es mi pensamiento constante, y que he de procurar conseguirlo.

»Esto es egoismo puro, pero egoismo plausible, porque siendo tú dichosa lo seré yo.

»¿Quieres consolarte tú misma de ser pobre?... Pues yo te voy á decir los medios que has de emplear para lograrlo.

»Visita á los pobres.

»Tu buena madre y tú repartíais muchas limosnas, ya lo sé, pero lo hacíais enviando los socorros á personas que os escribian pidiéndolos, ó contribuíais al aumento de los fondos de Beneficencia, tomando parte en suscricio-

nes, aceptando localidades para funciones destinadas á un objeto caritativo, pidiendo en las iglesias en Semana Santa; es decir, que no veíais á los pobres á quienes consagrábais sumas bastante considerables.

»Ahora acaso no puedes hacer eso, no les puedes dar tanto como les dabas ántes, pero puedes visitarlos, puedes socorrerlos con poco, y te lo agradecerán mucho más, porque, si el socorro es corto, en cambio serán de grandísimo valor unas palabras tuyas de consuelo y caridad.

»Contemplando de cerca las desgracias ajenas, es como se aprende á conocer y apreciar la extension de las propias.

»Cuando veas una madre rodeada de niños desnuditos, y le des una parte de tu ropa inservible, verás cómo lo agradece y cómo te bendice.

»El anciano enfermo, que se está muriendo de hambre en un guardilla, solo, sin un hijo, sin un amigo, ¡qué gran consuelo recibirá si vé llegar á su lado un ángel como tú, que le habla cariñosamente, que le devuelve la fé que acaso habia perdido, que le ofrece con amor una taza de caldo!

»La pobre niña que en una noche de horrible invierno pide una limosna al indiferente transeunte, poniendo los delicados piés sobre la nieve, aterida de frío, muriendo de angustia, ¡qué alegría recibirá cuando te vea llegar y entregarle unos zapatos viejos, una camisa usada y una moneda de cobre!...

»La marquesa del Rosal, con quien me dices que vives, es, segun tengo entendido, de alguna de esas asociaciones caritativas, cuyos esfuerzos en favor de los desvalidos tanto honran á las damas españolas; ella podrá llevarte á ver de cerca la miseria, y ante este espectáculo yo te aseguro que hallarás menos grande tu infortunio, y tu noble y tierno corazón sentirá los más dulces y generosos afectos, y rechazará como cosa baladí toda idea de pueril vanidad y miserable orgullo.

»Yo he visto muchos infortunios en España, y los he visto aquí tambien, en esta maravillosa ciudad de la riqueza más poderosa; los he visto en medio de los mares; y he aprendi-

do, por mi bien, á despreciar las riquezas, y á comprender que son una cosa muy secundaria para la verdadera felicidad. He visto hundirse en un segundo las más altas vanidades de la tierra, he visto la humillacion de muchos poderosos, pero nunca he visto, Magdalena mia, hundirse la humildad ni humillarse ante nada la virtud.

»Para otra que no tuviese tu claro talento y tus hidalgos sentimientos, esta carta sería un sermón enojoso; para tí estoy seguro de que será agradable y consoladora.

»Ella te hace conocer mis ideas, mi carácter.

»Si la suerte me favorece y soy lo que se llama rico, apreciaré el favor, y procuraré emplear dignamente en el bien mis riquezas, sin vanidad ni orgullo.

»Si por el contrario, he de ser pobre, no me abatirá, está segura de ello, la pobreza, ni envidiaré á quien haya sido más favorecido, ni tampoco me humillará mi poca fortuna.

»Salud para trabajar, fé en Dios, y ánimo fuerte para cumplir todos los deberes; hé aquí lo que yo deseo tener siempre.

»¿Aprobarás tú estas ideas? Dudarlo siquiera sería ofenderte, y no puede ofenderte quien te ama sobre todas las cosas de este mundo.

»Adios, Magdalena querida; todos los correos recibirás carta mia, y llegue pronto el día en que pueda estrechar tu mano y decirte cuánto te amo.

»Adios, otra vez, mi siempre amada Magdalena. Dios te bendiga y nos conceda largos días de amor y felicidad.—Tu *Fernando*.»

Magdalena leyó muchas veces esta carta, y halló en su lectura consuelo y esperanza.

Las reflexiones de Fernando le parecían muy dignas de ser atendidas, y comprendía que aquellas ideas, tan sencillamente expresadas, eran mucho más juiciosas que las de la marquesa.

—¿Has recibido carta de tu Fernando? le preguntó esta.

CÁRLOS FRONTAURA.

(Se continuará.)

TIPOS POPULARES.

VILLADIEGO.

En un rincón oscuro de Castilla nació, por carambola, Diego Villa. Por carambola digo, porque un muy buen amigo de la madre de Diego, contó á otro amigo luego que la buena mujer, desde su infancia, vivió del sexo feo á gran distancia, siempre tranquila y sola; luego Diego nació por carambola; casualidad, que dice algún que otro infelice, ó milagro patente, como quizá le llame algún creyente, que á veces llaman todos la misma cosa de distintos modos, mas esto mi relato en nada altera, que sea lo que quiera, casualidad, milagro ó carambola: yo de esta batahola sólo puedo sacar que nació Villa en un rincón oscuro de Castilla; y en el mismo rincón de la fortuna quiso poner su cuna; fué creciendo, creciendo, y un hombre se fué haciendo, más pillo que de encargo, corto en virtudes si en defectos largo.

No trabajó jamás; fué su divisa: «si se trabaja aquí, yo estoy de prisa;» y, á pesar de ser pobre por su casa y por la del vecino (esto sin guasa), jamás le faltó un duro para poder salir de algún apuro.

Cómo se las valía, no se sabe; mas, sin que se le alabe, puede decirse de él, por esto sólo, que en vez de ser un bolo, un torpe ó un jumento, era todo un muchacho de talento.

¡Vivir sin trabajar entre españoles!
¡Hace falta un magín de tres temoles!

Era el lugar de Diego ¡hermosa villa!
casi una maravilla

para hacer alpargatas,
muy buenas, muy bonitas, muy baratas:
allí todos los hombres, todos, todos,
excepto Diego, de distintos modos,
hacían alpargatas de primera,
que calzaba después Europa entera:
paréntesis—en épocas remotas
nadie gastaba botas—
y desde el más sagaz hasta el más bruto,
pagaban su tributo
al oficio servil de alpargateros,
oficio que les daba honra y dinero.

El lugar se hizo célebre, está claro,
y se hizo también rico, esto no es raro;
rico y célebre son, según consejas,
dos palabras que van siempre parejas.

Como ganó importancia
el pueblo con su industria pobre y rancia,
y como no tenía nombre alguno,
fue preciso darle uno.

¿Cuál? era la cuestión; el pueblo todo
no podía hallar modo
de dar con el mejor y más preciso,
y se encontraba en grande compromiso.

Al fin, á un viejecito de experiencia,
—la experiencia es la madre de la ciencia—
se le llegó á ocurrir en un momento:
¿cuál es el hombre aquí de más talento?
Fulano, gritó el uno; ¡quía! ese es el loco;
el hijo de Zutano: ¡quía! tampoco.
dijo el viejo oportuno.

—Entonces, gritó un chato, no hay ninguno;
—para echar las cuestiones á barato
no hay nadie como un chato.—

—¿No? contestó el buen viejo,
si seguís mi consejo,
creo que es de lugar la maravilla
aquel que no trabaja; Diego Villa.

—¡Bien! ¡Bien! gritaron todos; es gran hombre;
dese al pueblo su nombre.

—Eso, prosiguió el viejo, se hace luego:
desde hoy se llamará Villa de Diego
este lugar sin nombre y sin historia,
que ha de dar á la patria tanta gloria.

Y así se llamó; mas tras el uso
viene siempre el abuso,
y las generaciones venideras,
por alterarlo todo, vocingleras.

sin reparar en glorias ni aún en clases,
unieron las dos frases,
como quien no hace nada,
y quitaron el *de* de una plumada.
—¡Así lo altera todo el egoísmo,
y así vamos marchando hácia el abismo!
¡Ay Diego Villa fue una maravilla!
¡Fue el hombre de su siglo Diego Villa!
El dió al pueblo su nombre,
y el pueblo, al cabo, se lo dió á su hombre;
así es, que en una frase: VILLADIEGO,
se han confundido luego,
por misterioso arcano,
el pueblo y el humano;
y hoy día nadie sabe
—ignorancia bien grave—
cuál vale de los dos, el otro ó el uno...
Francamente, yo creo que ninguno.

Nota-bene.—Jamás Diego pagaba
las buenas alpargatas que gastaba;
y es claro, tal corria,
que con el mismo viento competía.

Hoy día, el que no paga al zapatero,
aunque tenga dinero,
no corre, anda despacio,
y muchas veces vive en un palacio.
¡Tal cosa no me espanta!
¿Esto qué prueba? ¿qué? que se adelanta.

EUSEBIO SIERRA.

* * *

LA LIGA DE LAS SOLTERAS.

(Cuento fantástico.)

I.

Cuentan las viejas crónicas que allá, por
los años mil, vivía en cierta aldea un caballe-
ro de inmensa fortuna, habitando un castillo
antiquísimo, perteneciente en otro tiempo á
una ilustre familia que diera días de gloria y
de orgullo á su patria, con sus heroicos he-
chos.

Sin saber cómo ni por qué, aquel castillo,
recuerdo vivo de tantas tradiciones, había ve-
nido á parar á manos de un desconocido, pues

LECCIONES DE GEOMETRÍA.



Linea vertical.



Linea horizontal.



Circulo.

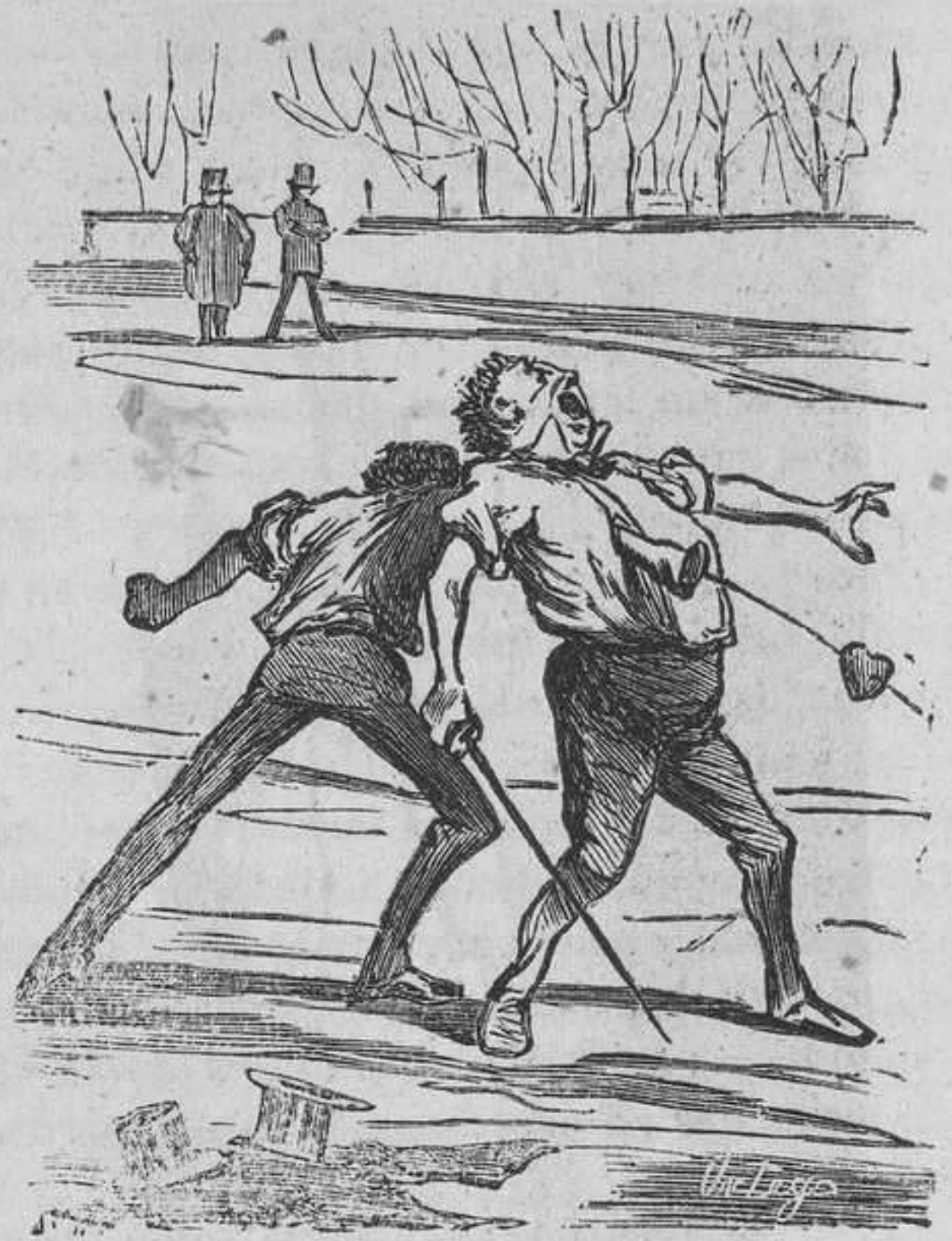


Angulos agudos.

POR ORTEGO.



Líneas paralelas.



Línea secante.



Líneas oblicuas.



Superficies.

el nuevo *Creso* que en él habitaba, apenas se dejaba ver de las gentes y hasta en la misma aldea entre cuyas rústicas chozas alzaba majestuosa su morada los viejos torreones, nadie conocía su origen, ni su familia, ni su nombre. Dejábase ver muy de tarde en tarde y aún entonces no cambiaba una palabra con nadie; siempre austero y sombrío, su semblante era á primera vista antipático, y esto, unido á sus costumbres un tanto raras, hacía que le mirasen todos con cierto respeto que degeneraba en un vago temor.

Pero lo más extraño de todo, era que en el castillo, fuera de su misterioso dueño y algunos criados, no vivía al parecer otro ser humano; y sin embargo, de cuando en cuando, pero siempre á la hora de media noche, iluminábase repentinamente el interior de tan vasta morada y salían al exterior ecos confusos, gritos y voces de alegría, que arrebatában el sueño á los tranquilos habitantes de la aldea, los cuales no acertaban á explicarse tamaña algazara.

Inútil era tratar de inquirir la causa de semejantes fiestas, nadie se relacionaba con el vetusto huésped; además, las puertas del castillo permanecían constantemente cerradas, y por otra parte los criados del extraño personaje no daban siquiera los buenos días á nadie. La repetición de tales escenas comenzó á alarmar á los aldeanos, tanto más, cuanto que generalmente aquellas fiestas nocturnas coincidían con la desaparición de algún muchacho del lugar ó de los pueblos inmediatos al castillo.

—«Si al cabo—se decían las gentes—se echara de menos á las mozas solteras, casi se comprendería el caso achacándolo á las lúbricas pasiones de ese señorón de horca y cuchillo... pero eso de que los hombres, y por cierto los más jóvenes y robustos, desaparezcán por encanto, como si se los tragara la tierra, no tiene explicación de ninguna especie á menos que no sea ese señor el mismo diablo en persona.»

«Pero hasta aquí llegaban nada más los comentarios, y de aquí no pasaban, pues buen cuidado tenían todos de que no pudieran tras-

lucirse sus temores y desconfianzas por miedo de que llegaran á oídos del feudal caballero, á quien temían más que al demonio.

Así trascurrió algún tiempo, durante el cual volvió más de una vez á repetirse la escena bulliciosa durante el imperio de las tinieblas y la desaparición de algún gallardo mancebo.

—«¡Miren qué desgracia!—decían las muchachas de la aldea conversando familiarmente unas con otras.—¡Si esto se prolonga un año más, vamos á quedar todas para vestir imágenes!... ¡Cuidado si es desgracia, robarnos así nuestros novios y sacrificarnos á vivir solteras!»

Estas exclamaciones y otras por el estilo no lograban, como ya hemos dicho, excitar el deseo de venganza, ni aún en aquellos padres que de la noche á la mañana se veían sin los hijos de sus entrañas. Lloraban sí y maldecían su infortunio, ó cuando más, lograban hacer partícipes á sus convecinos de aquellos sufrimientos, pero esto era todo. Sabido es que por aquel tiempo los señores feudales disponían á su antojo de la vida y haciendas, de la paz y de la honra de sus vasallos, á quienes tiranizaban cruelmente, tratándolos peor que á sus jaurías de caza.

¡Dichosos tiempos en que los hombres eran tan humildes y sumisos al mandato superior, siquiera fuese este el de un vergonzoso tirano! Hoy no sucede lo mismo, pero en cambio, se dice que hemos progresado y váyase lo uno por lo otro.

II.

Pues como iba diciendo, la misteriosa costumbre, á fuerza de repetirse diferentes veces, llegó á preocupar más que á nadie á las muchachas lindas y casaderas que veían irse deshojando una á una las flores de su juventud y de su belleza, sin que encontrasen un mozo apuesto y gentil para un remedio y que pudiera decirlas... *buenos ojos tienes*. Y de tal modo creció su consternación, que llegaron á reunirse secretamente de dos en dos primero para comunicarse aparentemente sus confianzas y concluir como lo hicieron cuan-

do ya se habían reunido suficiente número de jóvenes, en aquella liga de hermosas, por conspirar seriamente contra el verdugo de su porvenir y de su dicha.

Ya sabemos lo que son las conspiraciones, siempre temibles y espuestas siempre á funestas consecuencias, aun tratándose de hombres que puedan reunir ciertas condiciones de recto juicio y sano criterio, y á quienes hasta llega á guiar muchas veces un sentimiento noble y generoso, digno y patriótico. ¡Qué no sería, pues, una conspiración de mujeres, y de mujeres hermosas, dominadas por el comun instinto y deseo de la venganza!

De seguro habrá ya más de un lector que se compadecerá desde luego de la situación crítica de aquel señor feudal, tan grande y poderoso, contra quien se iban á levantar todas las muchachas de los contornos.

Reuniéronse, pues, como digo, diferentes veces, y hasta llegaron á juramentarse, por si la debilidad de alguna ponía en grave aprieto á las otras: pero las mujeres, con ser más sensibles á cualquier accidente, no suelen conocer esa clase de defección; y con efecto, no la hubo; todas estaban interesadas del propio modo en aquella causa.

Después de serias y maduras deliberaciones, en que demostraron á cual más excelentes condiciones oratorias, hasta el punto de que sus reuniones hubieran podido, por su calma, prudencia y notables acuerdos, avergonzar á más de uno de nuestros modernos Congresos, resolvieron, que una de ellas, la que designase la suerte, se convirtiese repentinamente en hombre, desde aquel mismo día, es decir, y hago esta aclaración para que no se asusten mis lectores—que había de tomar los hábitos, usos y costumbres de un hombre, vestir como tal, hacer su vida y por lo tanto alternar con hombres, para no dar lugar á la sospecha. La prueba era durilla, pero la causa de la *bella humanidad* estaba de por medio.

Echáronse las suertes y tocó la desgracia á una linda y rubia joven, como de unos veinte años, que se llamaba María, pero á quien sus amigas designaban con el nombre de Azucena, por la estremada blancura de su cutis; y

como quiera que este nombre es más poético y después de todo es puro cuento cuanto digo, Azucena la llamaré, si á mal no le llevan mis lectores.

III.

Azucena hizo el sacrificio, que no es flojo tratándose de una mujer, de cortarse los cabellos á la vista de sus compañeras, no sé si por hacer alarde de su valor, ó porque no se conocían los gabinetes reservados para señoras en las peluquerías de aquel tiempo. Despojóse igualmente de sus vestidos y bien pronto desapareció su natural coquetería. bajo unos feos y anchos calzones de paño burdo, una especie de pelleja colgada de los hombros, una gorra de piel y unos zuecos de madera: la transformación era completa y parecía un cazador de osos de los Alpes. Azucena, sin embargo, estaba hecho un joven gallardo, y hasta su bello semblante denunciaba cierta rudeza, propia no del fingimiento, sino del nuevo traje que vestía.

La muchacha que hacía las veces de presidenta, y á la que sin duda habían elegido para tan alto puesto porque parecía una cotorra, levantóse con cierto aire de superioridad, tomó una notable actitud académica, abrazó con efusión á Azucena, y presentándola con todos los requisitos del ceremonial, de antemano previsto, á aquella femenil muchedumbre, dijo con grave voz y solemne acento:

«¡Compañeras!—Entonces no se atrevían todavía á darse el dictado de ciudadanas.—Ha llegado el instante por todas deseado. Si hay momentos verdaderamente críticos en la vida de los pueblos—si esto no lo dijo ella, lo digo yo y es lo mismo—también es verdad que los hay y mucho más solemnes en la vida de las mujeres. Este es uno de ellos. Este que veis aquí, gallardo mozo, antes la mejor y más bella flor del jardín de los amores (metafórica andaba la presidenta), es el designado por la Providencia para vengarnos y vengar á nuestro sexo del ultraje que se nos hace por ese opulento magnate. Desde hoy procurará escitar la curiosidad y las miradas de los criados de ese tirano; rondará frecuentemente el cas-

tillo y se dejará coger en la emboscada que se le tienda. Una vez dentro de la fortaleza, ella buscará los medios de librarse de ese verdugo y procurarnos la venganza; nosotras entre tanto aguardaremos su vuelta en completa inacción durante quince días, pero pasado este tiempo, y suponiendo que haya sido víctima de su atrevimiento, se repetirá nuevamente la escena que habeis presenciado y otra de nosotras irá á ocupar su puesto: esto sucederá hasta que hayamos dado cima á tan santa empresa.»

Unánimes aplausos acogieron aquellas frases; un heroísmo á toda prueba se pintaba en el semblante de todas; verdad es que ninguna iba á dar muestras de él por entonces más que Azucena: esta sí que verdaderamente parecia un héroe. La presidenta, con la mayor solemnidad, exigió silencio de lo que hallí habia pasado bajo juramento y como pudiera hacerse en una lógia masónica, y concluida la sesión en medio del mayor orden y entusiasmo, disolvióse por sí sola y sin necesidad de la fuerza pública la mujeril asamblea, y Azucena comenzó á ponerse en ejercicio de sus nuevas funciones.

Los hombres del lugar nada sospechaban, porque no habian sido convocados, ignoraban, pues, que pudiese existir tan cerca de ellos una *sociedad secreta* y no podían darse el placer unos á otros de repetirse todos los días que se iba á *armar la gorda*, y como pareceria inverosímil si no absurdo asegurar otro tanto respecto á la familia de Azucena, que necesariamente tenia que advertir el cambio, debo decir que la valerosa jóven era huérfana y no tenia ningun pariente en el mundo: sus compañeras, al pensar en esto, solian decir que en el sorteo no podia haber trampa, pues desde luego se veia en él la mano de la Providencia.

RAMON GARCÍA SANCHEZ.

(Se concluirá.)

* * *

¿QUIÉN MIENTE MÁS?

Tres compares de la tierra
De ¡olé! y de ¡María Zantísima!

Muy buena gente, repletos,
De buen humor y de chispa,
El camino de su patria
En sendas mulas seguian,
Y para hacerle más corto
Sus fazañas referian,
Que si no como las de Hércules,
No las faltaba su miga.

—¡Comparez!—dijo el primero,
¿A que en toa vueztra via
No oz ha zusedió un lance
Como er que á mí?

—¡A ver!

—Puez mira:

Zalí yo con Antoñico,
El hijo de la tia Gila,
De caza, cuando de pronto
Ví una liebre... ¡mare mia!
Máz grande que miz pecaoz,
Que zon coza... ¡tamañita!
Yo le dije á Anton: ¡agáchate!
Bajé por una piedriya
Zin quitar ojo á la liebre,
La tiré y... ¡pataz arriba!
Pero ¡aquí ez eyo, comparez!
Miré doz liebrez tendiaz...
—¿Puez cómo?

—¡Puez náa, comparez!

Que al cojer la pelotiya
Conque tiré á la primera,
Con mi mano distraia
Cojí entre miz piernaz otra,
Y á laz doz dejé zin via.

—Chuzco ez er cazo, compare,
Maz pa isirte mi verdá
Fué máz mejor er que á mí
Me zusedió.

—¡Venga!

—Va;

Puez tenia yo en Jeréz
Un perriyo é caliá,
Máz alto que la Giralda,
Y de gordo, ¡no igo náa!
Máz valiente que yo mezmo,



Que ez cuanto puo ponderá;
Mi vecino er tio Julepe
Tambien tenia otro can,
Y ze laz tiró conmigo
De á ver quien podia más,
Zi er zu perro ó er mi perro,
Y yo... tuve que aceptar.
Ya me daba compazion,
Comparez, zolo er pensar
Cómo quearia er perro
Der vecino con mi can;
Pero en fin, er ze empeñaba
Y lo tuve que aguantar.
Ya un dia loz encerramos
En completa zoleá
A loz doz perros por vez
Cuál ze zustendria más;
En ezto que ar dia siguiente,
Abrimos la puerta, y ¡zás!
Zolo encontramos... ¡doz raboz!
—¿Y qué era eyo?

—¡Puez náa!

Que encoraginaoz loz doz
Y zin isiz ¡agua vál
Ze comieron uno á otro
Zin más que er rabo dejar.
—Compare... ya no puó menoz,
¡Eza... no la puó tragar!
—¡Vamos, que con una pinta
Compare bien pué pazar!

—

—Puez ¿y yo?... ¡Cómo la luz!
Oz azeguro que ez cierto
Lo que oz digo.

—Bien, compare

Ya puez parir.

—Dí, qué ez eyo.

—Puez vereiz: yo iba á una féria
Con mi amigo Paco er Tuerto;
Pazábamos por un monte
Más que mi bolza decierto,
Cuando que vimos un bicho...
¡No zé que zeria aquello!
una montaña que andaba
Toa yenita de peloz,
Con unaz pataz... ¡Dioz mio!
Y unoz cuernos .. ¡huy qué cuernos!

Puez, ¿y loz ojaz?... ¡Jezú!
Zi er mirarloz daba mieo...
En fin... ¡bazte!... que entadía
Ze me tiembra toito er cuerpo.
Yo... ¡puez claro! nada zupe
Qué haser en aquer momento,
Pero de pronto una idea
Ze me ocurrió ar tiempo mezmó
Que er vicho ze noz venia
Con er rabiyo mú tiezo,
Y digo ar Tuerto: ¡Compare!
Coja ozté un chinarro güeno,
Y cuando er vicho ezté en facha
Ze lo mete en er trazero.
Conque yo cojí otra china
De laz de muy zeñor nueztro,
Y cuando hásia mí venia
La boca tremenda abriendo...
¡Záz! le metí en er gatzate
Mi peñazco y... ¡Zanto sielo!
De pronto veo que er vicho
Cayó humeando en er suelo
Echando chizpaz y llamaz;
En fin, comparez, ardiendo.
Y era que loz doz tiramos
Laz piedraz á un mezmó tiempo,
Y como iban tan de prisa
Por er nueztro grande esfuerzo.
Chocaron y de aquez choque
Brotaron chizpaz á sientoz,
De móo que er vicho quedó
Asao en menoz de un credo,
Y tanto ez azí, comparez,
Que aún der vicho estoy comiendo.

FERNANDO ARAUJO.

* * *

Á LA BARONESA DE...

Yo quisiera saber qué dice el ave
Cuando surcando el firmamento va;
Lo que murmuran las bullentes ondas
Del turbulento mar;

Lo que dice á la nube nacarina
El rayo de oro del fulgente sol;
Lo que arrullan las brisas de la tarde
A la marchita flor.

De todo lo que vive y que se agita
Quisiera los misterios comprender;
Pero nada descubro entre sus pliegues
Y nunca lo sabré.

Fuera más fácil el saber que piensas
Cuando á tu lado cariñoso estoy...
Fuera más fácil y tampoco nunca
He de saberlo yo.

M. LLUCH SOLER.

Valencia.

* * *

OBRAS RECIBIDAS EN ESTA REDACCION.

Manual de Enjuiciamiento civil y Mercantil y Código Penal novísimo, por D. Cándido Martí. —Estas dos obras publicadas por el incansable editor de Valencia D. Pascual Aguilar, han merecido una envidiable y justa acogida, pues contienen las últimas reformas hechas en la materia civil mercantil y penal y son indispensables en el bufete de un abogado. Se venden en las principales librerías y se admiten pedidos en la redaccion de EL CASCABEL.

Higiene trascendental y Venus didáctica.—Lujosamente impresas y adornadas de preciosos cromos ha publicado el reputado editor de Barcelona, D. José Codina, estas dos magníficas obras del ilustrado escritor D. Amancio Peratoner, cuya adquisicion recomendamos por la exactitud y detalles que encierran en su contenido.

Las Mujeres honradas y La Manola de Laviés son los títulos de dos interesantísimas novelas de Henry de Kook, la primera, y del Vizconde de San Javier, la segunda, que el afortunado editor D. Urbano Manini acaba de publicar y poner á la venta.

Tratado de Impotencia y de esterilidad en el Hombre y en la Mujer.—Se ha publicado la 3.^a entrega de esta magnífica obra que tan acertadamente viene traduciendo D. Francisco Santana y Villanueva de la original del doctor Félix Rouban. Siguen admitiéndose suscripciones en la acreditada casa de su editor D. Carlos Baylli Bailliere, plaza de Santa Ana, núm. 10.

Budge.—Compendio de la Fisiología humana, traducido por el Dr. D. Juan Aguilar y Lara, y adicionado por el Dr. D. Julio Magrner. Esta importante obra acaba de publicarse por el editor D. Pascual Aguilar, de Valencia, y está adornada con preciosos grabados explicativos intercalados en el texto.

Cádiz.—Crece por momentos la envidiable y merecida aceptación de esta elegante y bien escrita revista que con tanto acierto dirige en Cádiz la Sra. Doña Patrocinio de Biedma, á la cual felicitamos por las notables mejoras que recientemente ha introducido.

* * *

Como quiera que rifando un cuadro ó cualquier otro objeto análogo entre los suscritores, solamente ha de tocar á uno de ellos, y pensando en que vendiéndose EL CASCABEL podría presentarse algun número falsificado, hemos decidido que todos los regalos que en adelante hagamos consistan en billetes de lotería, que igualan á todos con sus ganancias. Para el sorteo del 4 de Setiembre próximo hemos tomado tres décimos del núm. 705. Si en él cae el premio grande, cada suscriptor que ha pagado para la edicion de lujo, recibirá media onza de oro, sin descuento alguno.

Ya se sabe que los suscritores que nos favorecen con sus trabajos, las empresas teatrales y los que se anuncian en EL CASCABEL, gozan de iguales beneficios que los suscritores.

LOS CASCABELITOS de este número los recibirán ustedes con el próximo.

Decididamente EL CASCABEL se publicará los dias 15 y 30 de cada mes.

* * *

TEATROS.

CIRCO DEL PRINCIPE ALFONSO: Se ha puesto en escena con inusitado lujo en este favorecido teatro una nueva obra de los señores Ramos, Carrion y Caballero, titulada *Los sobrinos del Capitan Grant*, que merece que vayan ustedes á verla, y que indudablemente será un nuevo tesoro para el afortunado Arderius.

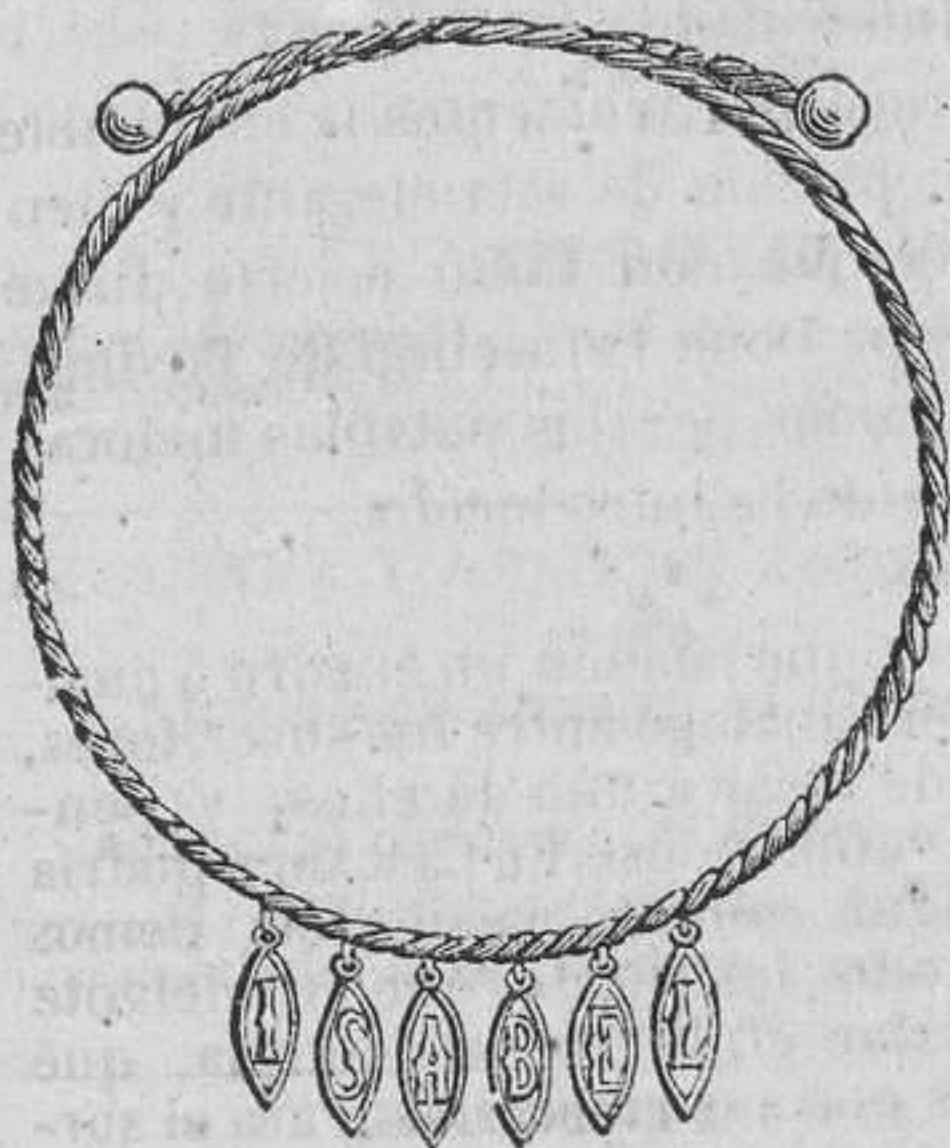
JARDINES DEL BUEN RETIRO: Se ha verificado el beneficio del Sr. Moragas, estrenándose el paso español, composicion del mismo, titulado *El torero y su jembra*, en el que está inimitable la Sra. Malvina Cavallazzi.

MADRID: 1877

Imp. de la V.^a de Garcia y C.^a, á cargo de A. Moreno, Conde de Barajas, 1.

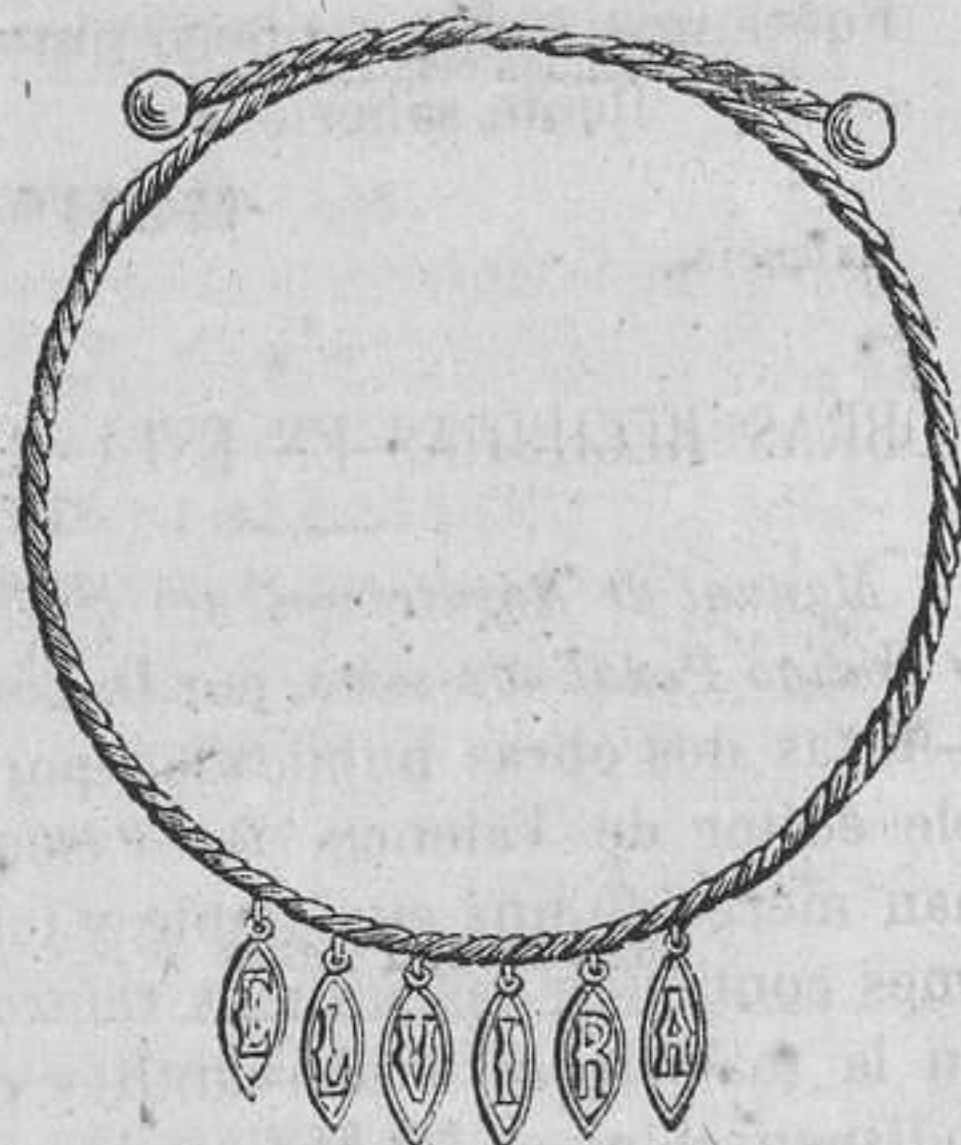
 ANUNCIOS DEL CASCABEL-PRECIOS CONVENCIONALES.

PULSERAS NOVEDAD.



LOS DIBUJOS

aquí indicados, son los que se usan hoy en París por su gran capricho y última novedad



JOYERÍA Y RELOJERÍA

DEL

BAZAR DE YBO ESPARZA

Estas pulseras son de plata y se hacen

¡EN CINCO MINUTOS!

con los nombres que se deseen, al precio de

50 REALES.

33, Montera, 33. Madrid,

Se envían fuera á los que las pidan, dirigiéndose en carta certificada, con el importe, al Sr. Ybo Esparza, Madrid, Montera, 33.

PLATA MENESES.

PRIMERA CASA EN ESPAÑA EN CUBIERTOS DE METAL BLANCO GARANTIZADO,

servicios de metal blanco para uso doméstico, fondas, cafés y vapores,

ORNAMENTOS Y VASOS SAGRADOS PARA IGLESIAS Y ORATORIOS, IMITACION PERFECTA Á LA PLATA DE LEY,
EXPORTACION Á PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

ESPECIALIDAD EN PLATEAR, DORAR Y OXIDAR.

L. MENESES É HIJO, PRÍNCIPE, 7, MADRID.

ESPECÍFICOS DEL DR. MORALES.

CAFÉ NERVINO MEDICINAL.—Acreditado é infalible remedio árabe para curar los padecimientos de la cabeza, del estómago, del vientre, de los nervios, etc., etc.—12 y 20 rs. caja.

PANACEA ANTI-SIFILITICA, ANTI-VENEREA Y ANTI-HERPÉTICA.—Cura brebe y radicalmente la sífilis, el venéreo y las herpes en todas sus formas y períodos.—50 rs. botella.

INYECCION MORALES.—Curá infaliblemente en muy pocos [dias, sin más medicamentos, las blenorreas, blenorragias y todo flujo b'anco en ambos sexos.—20 rs. frasco de 250 gramos.

POLVOS DEPURATIVOS Y ATEMPERANTES.—Reemplazan ventajosamente á la zarzaparrilla ó cualquier otro refresco. Su empleo, aun en viaje, es sumamente fácil y cómodo.—8 rs. caja con 12 tomas.

PILBORAS TONICO GENITALES.—Muy celebradas para la debilidad de los órganos genitales, impotencia, espermatorrea y esterilidad. Su uso está exento de todo peligro.—30 rs. caja.

Los específicos citados se expenden en las principales farmacias y droguerías de cada nacion.

DEPÓSITO GENERAL:

Dr. MORALES, Espoz y Mina, 18, MADRID.

Nota. El Dr. MORALES garantiza el buen éxito de sus específicos, comprobado en infinitos casos de su larga práctica como médico-cirujano, especialista en sífilis, venéreo, esterilidad é impotencia.—Admite CONSULTAS POR ESCRITO, previo envío de 40 reales en letra ó sellos de franqueo.—ESPOZ Y MINA, 18, MADRID.

TIMBRES PARA CARTAS.

CON LA MÁQUINA NORTE-AMERICANA.

Cajas de papel desde 6 rs. en adelante.

Se timbra gratis en cuatro colores el papel de la casa con letras enlazadas y oblongas

Timbres imperiales sin necesidad de plancha, 40 reales el ciento. Timbres en alto relieve, 10 rs.—papel inglés y del Japon.

Mendoza, Puerta del Sol, 15.

JARABE DE QUINA FERRUGINOSO

IODOBROMURADO.

DEL LIC. DON JACINTO MORENO.

Este jarabe está sustituyendo con notabilísima ventaja al aceite de hígado de bacalao, especialmente en la clorosis, anemia, escrófulas, raquitismo, histerismo, etcétera.

Depósitos, Sres. Ulzurum y Angulo.

Se sirven pedidos hechos al autor en Almagro, provincia de Ciudad-Real.

CUENTOS FANTASTICO-MORALES

POR

MANUEL JORRETO PANIAGUA.

Está en prensa la 3.^a edición, que contiene 12 cuentos, lujosamente impresos.

Precio 8 rs.

Se admiten pedidos en la Administracion de EL CASCABEL, Madrid, Mayor, 123.

LA EDUCACION.

Librería la más antigua en el ramo de primera enseñanza.

Completo surtido de libros y menaje para escuelas.

Devocionarios de todos precios y encuadernaciones.

Grandes descuentos en los pedidos por mayor. Pídase catálogo á D. Eugenio Sobrino. Vergara, 10, Madrid.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

CON LA

crónica de la guerra de oriente.

Director propietario, D. ABELARDO DE CARLOS.

Se suscribe á este acreditado periódico, primero en su clase en Europa y América, en la Administracion, calle de Carretas, 12, Madrid.

LAS TIENDAS,

por **Frontaura.**

Seis reales en Madrid y siete en provincias.

CUENTOS DE SALON.

Cuatro reales tomo en toda España.

Suscripcion permanente á obras de lujo.

Devocionarios, cromos, estampas.

Librería de Sanchiz, Matute, 2.

DERECHO

ADMINISTRATIVO PROVINCIAL Y MUNICIPAL

POR

D. FERMIN ABELLA.

Esta importantísima obra, indispensable á todas las Diputaciones y Ayuntamientos, acaba de publicarse en cinco tomos, con 4.000 páginas de lectura, y se remite certificada por 32 pesetas á los que la pidan al autor, calle de las Torres, núm. 13, Madrid.

VIAJE ECONÓMICO Á LA EXPOSICION DE PARIS

DE 1878.

SOCIEDAD DIEZ Y SEVERINI.

EL CASCABEL sigue admitiendo suscripciones á esta acreditada sociedad, que llevará, traerá y dará de comer quince dias á sus suscritores en París durante la exposicion.

Se envian prospectos á quien los pida.

CHOCOLATES

DE

MATIAS LOPEZ Y LOPEZ.

MADRID-ESCORIAL.

Se venden en los establecimientos más importantes de España, y, á fin de que no los confundan con otros, exigid la verdadera marca y nombre.